

CARTA

DEL

**SR. D. ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.**

*Sr. D. Gaspar Muro.*

MI ANTIGUO Y BUEN AMIGO: Fuera ociosa mi disculpa, si me empeñase en darla, de no cumplir á conciencia la oferta que há tiempo le hice, de poner un prólogo á este libro. Está la razon tan á la vista, que, en forma de disculpa, hasta podria ofender á V. y á los lectores. Pero á tal punto me falta la costumbre de dejar de cumplir lo prometido, que, ya que un prólogo no, quiero al ménos escribir esta carta, con la cual dejaré reconocida mi deuda, como hombre honrado, y usted podrá excusar la tardanza con que, por esperar el tal prólogo, dé á luz un libro tan impacientemente esperado de muchas y muchos.

A mí, que he solido ser confidente, y áun testigo podria decir, de las laboriosas, concienzudas é inteligentes tareas que él resume, no me ha de

maravillar ahora su sólida contextura, ni deben tampoco sorprenderme la difícil facilidad de su exposicion ó narracion, la claridad con que demuestra, el rigor lógico con que concluye, la rectitud con que juzga, la sustanciosa sobriedad, en fin, de sus reflexiones y sentencias. Muy natural es que éntre en el mundo con aquel aire sencillo que de ordinario se observa en los hombres superiores, y en los de verdaderamente esclarecido linaje, ó mucho caudal, los cuales ni necesitan empujar sus personas para ser bien vistos, ni tienen por qué ostentar en vano sus laureles, pergaminos, ó tesoros. Mas no por caminar modestamente dejará de llegar al término del viaje, y áun ántes que otros mil de relumbron, ni quedará, como al cabo y al fin los más quedan, entregado al olvido.

No ha de faltar quien, leyendo estas líneas, recuerde al punto aquella sabida frase de Buffon de que el estilo es el hombre; mas no trato yo del estilo solamente. Juzgo la obra por entero, lo propio en su fondo y sustancia que en su forma; y hallo que la sencillez que en ella campea no depende precisamente de lo que es su autor. Por modestia que V. tenga, y á no dudar la tiene grande, no basta á explicar la elegante sencillez de su libro. Lo que en él se descubre á la legua es la tranquilidad, la confianza, la suave firmeza de quien puede, como el género de hombres de que hablé ántes, desafiar por su cuna ó mérito envidiosas murmura-

ciones, ó la del que anda cierto por calles y plazas de encontrar más deudores que acreedores.

Deudores serán de V. positivamente, y sin sombra ya de metáfora, cuantos de aquí adelante escriban sobre Felipe II y su tiempo. Es este libro, con ser breve, copiosísima fuente de noticias, que se buscarían en otro inútilmente. Por lo que toca á Felipe II, en especial, ¿quién ha de trazar ya con buena conciencia su biografía sin tener á la vista los capítulos, y los inéditos documentos que este volumen encierra? ¿Cómo hablar más sin leer y releer sus páginas, de Mateo Vazquez ó de Antonio Perez y la Princesa de Éboli? A mi juicio el exámen de los hechos de que V. trata queda agotado. Todo cuanto un contemporáneo pudo saber lo sabe V. también, y expone, con imparcialidad y claridad sumas, y sabe además muchas cosas que sin duda ignoraron los mayores ministros y más íntimos confidentes de Felipe II; porque, ¿á cuál amigo ha dicho nadie sus secretos todos, sin reservarse, grande ó pequeña, alguna parte? Si tal regla tiene también excepciones, no habrá quien, después de leer estas páginas, la sospeche en el Rey, que goza por excelencia el título de *prudente*. Ha escudriñado V. y visto tanto, respecto al asunto, que para mí sólo dos personas ha habido que sepan más de él en este mundo: Felipe II el uno, y el otro su confesor. Ni tema V. ya otra competencia en esto que la de los *espiritistas*, que de vez en cuando conversan, según dicen, con los muertos;

bien que tampoco es seguro que estén más obligados ahora que estuviesen en vida, el monarca ó su confesor, á satisfacer indiscretas preguntas.

Pero á propósito de preguntas, no puedo ya ménos de hacerle á V., amigo mío, la primera que me hice á mí propio, cuando leí su libro: ¿ganará ó perderá la reputación de Felipe II con los nuevos datos que da al público? Verdaderamente ningún hombre bien enterado de las cosas, ve hoy ya en el Rey prudente aquel monstruo ferocísimo que los pinceles de sus enemigos religiosos y políticos habían pintado. Sobran libros, papeles y datos de toda especie para probar hasta la evidencia que fué con él muy pródiga en calumnias *la oposición* de su tiempo.

Los estudios de Mr. Gachard (1) y de Mr. de Moüy (2) por ejemplo, tienen ya justísimamente relegada á la literatura fabulosa ó mítica todo cuanto se ha dicho de los amores del príncipe D. Carlos con la reina Doña Isabel de Valois, de los supuestos envenenamientos de aquella virtuosísima Princesa y de D. Juan de Austria, y aún de la muerte violenta del viznieto de Doña Juana la Loca, el cual estuvo muy poco ménos demente que aquella infeliz hija, ó que la madre misma de Isabel la Católica. ¿Qué pierde en mérito el D. Carlos

(1) *Don Carlos et Philippe II*; par M. Gachard, Bruxelles, 1863.

(2) *Don Carlos et Philippe II*; par Charles de Moüy, Paris, 1863.

de Schiller por no ser drama histórico, si no de pura fantasía, ó inspirado por una antigua leyenda histórica, verdadero *mito*, engendrado en el seno de la tremenda crisis religiosa que affigió al mundo, desde el primer tercio del décimosexto al segundo tercio del siguiente siglo? Mitos. en tal forma engendrados, constituyeron ya el fondo de la trilogía de Eschylo; y fabulosos son los más de los asuntos por los trágicos de todo tiempo inmortalizados. El *mito* de Felipe II forma esencialísima parte, sin duda, del tesoro de fábulas y fantásticas creaciones que, como todas las antiguas y modernas, guardan siglo tras siglo, en sus entrañas, las naciones protestantes. Dejémosle en buena hora vivo en la poesía; pero la historia, que tantos otros *mitos* ha descubierto y explicado ya, no ha de hacer odiosa excepcion de Felipe II.

No fué él, en verdad, el único intolerante de un siglo en que el concepto de la tolerancia, ni en protestantes ni en católicos, estaba formado todavía; mas ¿qué importa? Era preciso que la intolerancia se personificára en alguno con todos sus aborrecibles caracteres, y en él la personifica la poesía. Tampoco fué el único que en su siglo emprendiese guerras religiosas; pero él personifica, de igual modo, y en todo su horror, aquella calamidad incomparable. Ni puede formalmente sostenerse que fuera más tiránico ó sanguinario gobernante que sus contemporáneos y contemporáneas solian serlo; pero en él se ha personificado, por

último, con su realidad odiosa, y hoy más que nunca antipática, la idea del despotismo y del rigor gubernamental. Triste cosa es, sin duda, servir de *mito* infame y de personificación del mal en la historia; pero, una vez en el secreto, poco importa. La poesía puede guardar su propio caudal intacto, y sacar incólume el suyo la historia. Lo cierto es, en el entretanto, que esas varias personificaciones gigantescas hacían del hijo de Carlos V, hasta poco há, un sér aparte, sobrehumano; y que este libro, destello último de la refulgente verdad histórica, nos lo representa ya como un hombre de proporciones naturales. ¿No es cierto que, despues de todo, parece que ha perdido en el cambio?

Las verdaderas condiciones de aquel monarca, de tan llevada y traída memoria, resaltan en sus numerosísimas cartas íntimas y en sus decretos, que fueron innumerables tambien, de que está ya impresa mucha parte, y hay otra grandísima parte, muy bien estudiada, aunque inédita: caudal que todavía se acrecienta con los apéndices de este volumen. Desvanecido, ante la verdad desnuda, el fantástico mónstruo de la polémica religiosa y de la poesía trágica, no sé lo que V. pensará; pero yo me he adelantado ya á indicar mi sospecha de que ahora han de echar de ménos muchos en Felipe II, puesto que falta el mónstruo, al grande hombre. Mas sea por un estilo, sea por otro, va ya para tres siglos que él salió de este mundo, y no ha dejado hasta aquí tranquilos sus huesos la

polémica, ni probablemente los dejará nunca; lo cual manifiesta por sí sólo que, si no fué en el bien, ni en el mal, un sér sobrehumano, está muy léjos de deber pasar por hombre comun, ó mediano rey Felipe II.

Desde mucho ántes que escribiese V., ni acaso imáginára escribir este libro, tenía yo publicada ya la opinion de que no fué aquel un héroe clásico, ni un paladin de la Edad Media, ni un santo, sino un hombre de Estado á la moderna, y predecesor, si no maestro, de todos los que han merecido tal nombre despues. Con él precisamente terminan los héroes, los santos, los paladines en el gobierno y en toda alta gestion de negocios humanos, y los hombres de Estado, de Administracion y de estrategia comienzan. Lo propio que en España, se advierte en este punto en Alemania, Inglaterra ó Francia. Y entre nosotros, si Fernando V y Gonzalo de Córdoba fiaron ya á la razon y al cálculo, tanto y más que al hierro sus negocios, harto daban á entender que todavía eran hombres de Edad Media y paladines, cuando por acaso los llamaba la trompeta al campo. Hasta en Cárlos V, hombre del cual pienso yo que no le hay superior en la historia, prepondera aún el paladin sobre el hombre de Estado, con serlo y grande; y más caballeros que hombres de Estado fueron tambien, así su propio émulo Francisco I, como Enrique IV, rival de su hijo.

Pero el más noble, el más puro, el que mejor

resume de ellos las condiciones del caballero cristiano, glorioso ideal de los siglos medios, muy distinto en verdad del de héroe clásico, es, á no dudar, Cárlos V. Emperador de Alemania, Rey de España, Señor de las nobles ciudades de Italia, de las de Holanda y Bélgica y del Nuevo Mundo, acepta de verdad desafíos, ni más ni ménos que cualquier capitán aventurero de su tiempo, y no es culpa suya si no se llevan á cabo; busca en frá-giles leños á los piratas hasta sobre los arenales de Túnez ó Argel; blande el primero la lanza en Muhlberg, tal cual le representa el pincel de Ticiano; honra en su estudio á este maravilloso artista, como llora sobre el campo del honor á Garcilaso; guarda toda su vida el recuerdo y aún el luto de su sola mujer, la malograda hermosura que, segun cuentan, convirtió en santo á D. Francisco de Borja, despues de muerta; entrégase un dia á merced de su constante adversario Francisco I, y otro da seguro leal á Lutero para que en su presencia dispute con los doctores católicos y los convenza, ó se deje de ellos convencer, procurando así evitar por la sola virtud de la palabra el nuevo cisma que quizá para siempre habia de dividir luego á los cristianos; pide, promueve, protege con igual propósito la celebracion del gran Concilio de Trento; remóntase en álas de su voluntad poderosa al temerario, mas generoso intento de lograr por sí la reconciliacion dogmática del catolicismo con el protestantismo, mediante ám-

plias y recíprocas transacciones; y vencido, al fin, según tenía que serlo, en la imposible empresa, condénase todavía en buena edad al mezquino claustro de Yuste, donde, á la par que ora día y noche, piensa, escribe, aconseja, ordena aún todas las cosas de España, cuna de su madre y patria, suya por elección, hasta el punto mismo en que entorna sus ojos la muerte: haciendo así patente al mundo que no egoísmo vulgar, ni liviano deseo de esquivar trabajos, le encaminaron á aquellas soledades, sino un desprecio sublime de toda vanidad, de todo goce, de todo personal interés.— ¿Quién no admirará, si admirar sabe, la grandeza épica que esto encierra? Hasta en aquel odio profundísimo, inflexible, que en Yuste mostraba á la Reforma, después de haber luchado tanto en vano para impedir que viniera el cisma, por medio de la discusión y del concierto de las contrarias opiniones, y de haber luego combatido con tamaño valor contra sus secuaces en las llanuras germánicas (odio que heredó de él su hijo, y que transmitió al fin á toda la nación española), podrá echarse de ménos habilidad política, pero no grandeza. Ni es él, por cierto, el solo grande hombre que haya querido remontar en vano la invencible corriente de su siglo, zozobrando en la empresa.

Discúlpanle, además, en el período de la ira, su moderación primitiva, y su espíritu de conciliación, desconocido y burlado por los protestantes, y tan á mal llevado por la Santa Sede, que toda-

vía guarda Simánca el proceso original que, á causa del *Interim*, se le formó en Roma, sobre indicios vehementes de herejía, bajo el pontificado de Paulo IV. Ciertamente, otros hombres babrán errado ménos que él; pero ninguno ha sentido, pensado, puesto por obra más cosas, ni cosas más árduas. Y es de advertir que en este mundo naturalmente yerran ménos los que ménos hacen; y aunque por eso mismo, ó por virtud de las circunstancias, las medianías concluyan la vida en paz con más frecuencia que los grandes hombres, el valor propio de cada cual puede siempre medirlo con rigurosa exactitud la Historia. No ha habido más infelices conquistadores que Aníbal y Napoleón I, al cabo y al fin, y nadie les disputa, no obstante, sus glorias. En resolución, la vida de Carlos V, que tan rápidamente he bosquejado, está más llena aún de arranques heróicos y sentimentales, que de frios cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas, y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo y profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

No sucede, por cierto, otro tanto, con Felipe II. Si no fué éste un hombre de génio, ó verdaderamente excepcional, por la inteligencia ni el carácter, tampoco puede hacerse de él, según ya he di-

cho, por sus defectos, repugnante y extraña excepcion en la historia. Fué hombre singular para el siglo en que todavía vivió, y mucho más para los anteriores; pero tal como despues ha habido muchos, y cada dia es probable que haya más. Aseméjense no pocos de los que le detestan á aquellas y áun aquellos que no se gustan al espejo. Quien quiera estimar bien su mérito de hombre de Estado, debe primero estudiar á conciencia su siglo, saber luego exactamente lo que era, lo que pensaba, lo que queria su nacion, fijarse, por último, no tan sólo en los Estados y en el poderío, sino en las cuestiones y compromisos que heredó de su padre. De otro modo es imposible el acierto.

La España (ya sabe V. mi opinion, que hube no há mucho de exponer en lugar bien público); la España no pudo nunca soñar por su situacion topográfica, ni por los productos de su suelo, ni por su poblacion, que le fuese dado ascender al lugar altísimo que, durante todo el reinado de Felipe II, ocupó entre las naciones. Otras veces he citado en mis escritos las descripciones de España de algunos extranjeros (el principal de ellos Andrea Navagiero), cuyos datos prueban incontestablemente la suma pobreza y despoblacion del territorio nacional en el gran siglo de nuestra historia. Ahora puedo citar dos testimonios más: el del célebre y sagacísimo Francisco Guicciardini (1),

(1) Opere inedite de Francesco Guicciardini: *La Legatione di Spagna*. Firenze, 1864.

y el de Enrique Cock, Notario apostólico y archero de la guardia de Felipe II, que lo acompañó en su viaje á Aragon, Cataluña y Valencia (1); libro por todo extremo curioso, que, á costa del Ministerio de Fomento, se acaba de dar á la estampa. Los pocos habitantes y el corto número de casas que relativamente habia en España llamaron ya la atencion del primero de esos autores de 1512 á 1513, en que desempeñó la embajada de Florencia cerca del Rey D. Fernando el Católico, ni más ni ménos que el abandono de nuestros campos habia ántes sido objeto de admiracion para los que relataron el viaje por la Península del noble señor bohemio Leon de Rosmithal y de Blatna (2), en los dias de Enrique IV. El largo viaje de más de un año que Cock refiere, emprendido en 1585, fué luego un continuo padecer para Felipe II, sus hijos y su cortejo, por falta de medianos alojamientos, y áun de lo más necesario, en casi todas par-

(1) "Anales del año ochenta y cinco, en el qual el Rey Catholico de España Don Philipe con el Príncipe Don Philipe su hijo se fué á Monçon á tener las Córtez del Reino de Aragon, compuesto por Henrique Cock, notario apostólico y archero de la guardia del cuerpo real."

(2) Sobre los viajes por España del Baron Rosmithal y de Blatna y de Andrea Navagiero, he escrito ya en otras ocasiones lo suficiente para darlos á conocer; y pronto se tendrá de los dos, y principalmente del primero, cabal noticia por la publicacion que de las dos relaciones que á él se refieren se propone hacer en castellano el Sr. D. Antonio Fabié, con un importante prólogo, publicado ya en la *Revista de España*.